

Narrativa En esta obra autobiográfica se ven los rasgos de un prometedor y brillante narrador. Pero hay que leerla con serenidad, ignorando ditirambos

El ego ciega tus ojos

Jeremías Gamboa
Contarlo todo

MONDADORI
512 PÁGINAS
22,90 EUROS

J. A. MASOLIVER RÓDENAS

Los críticos somos una raza a punto de extinguirse. Cada vez son más los libros que incluyen en sus portadas o contraportadas comentarios de escritores o, lo que es más sorprendente, libreros, elogiando una novela –un producto, si lo prefieren– que se supone han leído antes de ser impresa precisamente para avalarla con su nombre. En el caso de *Contarlo todo*, de Jeremías Gamboa (Lima, 1975) los elogios proceden nada menos que de Mario Vargas Llosa. ¿Y quién le va a llevar la contraria a Vargas Llosa y a toda la campaña de promoción que se ha montado en torno a la novela? ¿Qué puedo añadir yo, el último de la fila, que no se considere como una crítica destructiva? Mi lectura está ya condicionada o, mejor dicho, contaminada. *Contarlo todo* es una novela con muchas virtudes y no menos defectos, que merecería, por su valor literario, la mitad del espacio que yo le estoy dedicando y robándoselo a algún autor de parecidos méritos.

Los ditirambos son el primer obstáculo para leerla con serenidad. El segundo, la extensión: quinientas páginas con una letra apretada no apta para présbitas sólo se las pueden permitir los bestsellers, los diccionarios o novelistas de la talla de su avalador, Vargas Llosa.

Aunque es cierto que el título no engaña a nadie: Gabriel, el protagonista, lo cuenta todo, pero sólo, loado sea el Señor, diez años de su vida en lo que es claramente una novela de aprendizaje, educación sentimental y laboral.

La primera y original novedad es que autor y narrador se confunden. Gamboa se limita a presenciar el proceso de redacción de las memorias de su alter ego, que se inician en 1995, a sus veinte años. Se alternan así el *yo* y el *él*, la autobiografía y la novela, en un relato que fluye cómodamente sin demasiadas aventuras experimentales. Guiado por la claridad y por una estructura bien dibujada, gira en torno a varios centros, no todos desarrollados con la misma profundidad. La familia, limitada a los tíos que le han adoptado y que aparecen y desaparecen sin dejar huella; la vocación de escritor, este escritor que no escribe o que tiembla ante la página en blanco que nada tienen que ver con los celebrados Bartleby vilamatianos; su dedicación al periodismo que inevitablemente nos hace pensar en lo poco que ha aprovechado las lecciones de García Márquez; y las relaciones amorosas, que sirven para mostrar lo lejos que está de su admirado Vargas Llosa. Centros guiados todos ellos por una cronología marcada por



su renuncia al periodismo, el gran enemigo de la escritura: “el periodismo te va a matar, te va a matar como nos ha matado a todos”; para olvidar que no es poca la literatura moderna que ha nacido, precisamente, del periodismo.

La primera parte de la novela está dedicada a este conflicto entre dedicarse a la crónica periodística o a la gran novela a la que aspira y que finalmente será la que estamos

La novela sólo empieza a cobrar verdadera vida cuando el autor habla de su compleja relación con Fernanda

leyendo. La mayoría de sus amigos son escritores y es así como se rinde homenaje al poeta recientemente fallecido Antonio Cisneros –Toño para los que le quisimos– y Vargas Llosa, que acumula todos los elogios aunque la única huella que deja aquí es la dominante presen-

cia de Lima, mejor dicho la de los dos Limas: la de las calles lisas de Miraflores con sus fachadas claras y sus bermas amplias de jardines y flores, y la sucia y gris de Santa Anita, para marcar así la diferencia social entre él y sus amigos o sus amores.

Las infinitas páginas dedicadas a sus amigos resultan reiterativas e infantiles y la novela sólo empieza a cobrar verdadera vida y autenticidad cuando habla de su compleja relación con Fernanda: es aquí cuando Gamboa se acerca a este brillante narrador que se nos promete y que tanto hemos tardado en encontrar. Gamboa es un novelista digno entre muchos otros novelistas y que tal vez pase a la posteridad por lo que un día escriba, no por lo que ha escrito con una trascendencia y una retórica intensidad que sólo la madurez podrán corregir.

Contarlo todo pedía más acidez y menos egocéntrico entusiasmo. Y si el crítico calla es por falta de espacio, no de argumentos. |

Cuentos Un buen volumen para descubrir la imaginación y el talento del autor

Saunders, no Sanders

George Saunders
Diez de diciembre / Deu de desembre
Traducción al castellano de Ben Clark y, al catalán, de Yannick García

ALFABIA /
EDICIONS 1984
280 / 256 PÁGINAS
19,50 EUROS

PERE GUIXÀ

George Saunders (Texas, 1958) escribe con una imaginación torrencial. La visión grotesca y cómica que nos da de la vida norteamericana, y de un futuro más o menos reconocible y alucinante, se amolda con exactitud a un estilo extenso, expansivo, que rompe los límites de la página y a menudo pierde su centro, pero siempre a favor de un fraseo brillante, del diálogo ágil y del detalle luminoso.

En esta colección de diez cuentos, hay un secuestro, una orgía, un

soldado que vuelve de la guerra, un suicidio inducido químicamente, el trauma de un tipo que ha incendiado la casa de su madre, la vida loca de los trabajadores de los parques temáticos... la primera capa es de humor, de puro dislate y relativismo, casi de regodeo sobre los desatinos de la gente común; pero luego, sin cargar las tintas, se infiltra una intención crítica que acaba dignificando a los tipos que viven en la América suburbial, e impugnando los derechos de clase y las formas de poder. Esto, si se

quiere, se puede ver; si no, el cuento funciona también como un tenso engranaje de estilo.

No cabe duda de que alguien que lea estos cuentos de aquí a varias décadas pensará que estábamos todos locos. Pero que esta locura también se puede explicar con talento, e introduciéndose en el ojo del huracán, en la tierra del cuento literario, con el foco indagador y festivo de este indiscutible autor norteamericano, totalmente recomendable.

Saunders es un explorador, no

quiere parecerse a nadie, aunque esto a veces repercuta en la claridad de la trama, en pensar más en lo concreto que en el conjunto. Ha publicado ensayos sobre Donald Barthelme, y aunque es deudor de lo posmoderno, de Vonnegut, Pynchon y Barth, sabe que cada época, cada aventurero del género (me resisto a decir experimentador), debe crear su propia renovación del lenguaje y la forma. Y a fe que esta serie de relatos, que ya ha cosechado varios premios, lo consigue y nos trae el gusto de algo nuevo, como sucede en las joyas *El diario de las chicas Semplica* y *En casa*, o en el breve *Ramitas*.

Hasta ahora se habían traducido, de la escasa obra de Saunders, un par de libros. *Diez de diciembre* revela que el cuento es lo suyo, y también un buen volumen para descubrir a este escritor singular. |